

Las sombras reposadas, los amores
 De furtivo decoro....
 Tú que las leyes del Amor y Venus,
 Por quien revive sin cesar natura,
 Benigna extiendes en los áureos techos,
 En los callados bosques,
 Y pides á los astros más propicios
 Un débil rayo de modesta lumbre,
 Con que los lirios del intacto seno
 Timida entrever dejás....»

Hasta odas *burlescas*, y no poco sazoadas, compuso Filinto, volviendo por los fueros de la lengua portuguesa contra los que él llamaba *francelhos*.

Sobre el mismo tema, que fué su perpetua manía, acrecentada por el destierro, versan algunas, quizá las mejores, de sus epístolas. Pésame no poderme extender acerca de ellas, ni presentar fragmentos, temeroso de hacer interminable esta reseña de las obras *horacianas* de Filinto. Mas si recomendaré el *Debique*, graciosa invectiva contra los galicistas; la carta que principia

« Tu dizes que meus versos são mordidos....»

y más aún, la larga epístola *Á Brito*, que puede pasar por una excelente *Arte Poética*, aunque no rivalice con la de Horacio á los Pisones, como Almeida Garrett pretendía. De las doctrinas críticas allí expuestas he de hablar en la *Historia de la Estética en España*. El mérito literario de esas composiciones no hay para qué encarecerle. Son

tesoros de gusto, de sales, de felices expresiones y de agudezas.

Francisco Manuel ofrece poca variedad de formas rítmicas. Tiradas de endecasílabos sueltos en las epístolas y en los poemas, estrofas de Francisco de la Torre, y silvas de versos no rimados en las odas ¹. Profesaba á la rima tan mala voluntad como Cabanyes, que parece haberle estudiado mucho, y pone versos suyos por epígrafes de dos odas.

Antonio Ribeiro dos Sanctos fué horaciano como traductor y como poeta, elegantísimo siempre, correcto y acendrado en la versificación y en la lengua. No tenía grande inspiración ni vida propia, pero sí gusto exquisito y una educación literaria de bonísima ley. Hombre de claro entendimiento y de estupenda lectura, gallardeó, sobre todo, en el género puro y templado de las epístolas. Generosos sentimientos, rectitud moral y nobles y cristianas ideas las esmaltan. Tómake cariño al docto bibliotecario recorriendo sus poesías. Nunca asombra ni maravilla, pero agrada siempre. Deben leerse con particular atención las dos epístolas que principian:

« Tu dizes que stou só, e vivo triste....»

« Os prazeres, senhora, são diversos....»

¹ Sigo para las citas de Filinto la edición de París, 1817 á 19, once volúmenes.

Describe en la una sus lecturas, en la otra su método de vida tranquilo y apacible. Gracias á él, llegó á escribir más de 160 volúmenes entre impresos y manuscritos.

Las odas de Ribeiro dos Sanctos se parecen algo á las de Filinto, pero más á las de Correa Garçao y alguna vez á las de Ferreira. Altos y patrióticos asuntos canta siempre la musa de Ribeiro. El infante D. Enrique, el heroico Nuño Gonzalves, el alcaide Freitas, Luís de Camoens, son los héroes de sus versos, elegantes y limados siempre. Penetró mejor que Francisco Manuel la índole de la oda horaciana, que en Ribeiro es breve y rápida, con grande estudio de los finales:

«Insólito caminho
Per onde fosse descobrir á Lysia
Os inmensos thesouros do Oriente;
Per onde nos trouxesse ao Tejo ufano
As perolas brilhantes que adornavam
Do sol os ricos paços,
E os thalamos da Aurora....»

Así termina una de sus odas más celebradas. En la *poesía sabia* merece señalado puesto y mayor fama de la que ha obtenido, este cultivador modesto é incansable de las buenas letras, gran bibliófilo y filólogo de primera nota.

Íntima amistad tuvo con él Fr. José do Coraçao de Jesús, traductor infeliz de las *Metamorfosis* de Ovidio. Ribeiro dos Sanctos publicó las obras

de este Padre, poéticamente llamado *Almeno*, y logró darlas cierta fama entre los literatos de su tiempo, á tal punto, que Costa e Silva llegó á calificar al misionero de Brancannes de *sublime poeta*. Con más seso crítico y templanza se limitó Almeida Garrett á decir que *dos ó tres odas de Almeno eran muy bonitas*, y aun pienso que en el *muy* se excedió, dejándose llevar tal vez de los elogios que en una de ellas se prodigan á su tío, Fr. Alejandro da Sacra Familia, obispo de Malaca. Estas odas, aunque medianas, pertenecen al género horaciano.

Al frente de las poetisas lusitanas merece figuradoña Leonor de Almeida, marquesa de Alorna y condesa de Oeynhaussen. En su lugar hemos hecho mérito del *Arte Poética* traducida por esta ilustre dama. Sus versos originales, desaliñados en la ejecución, y no rara vez prosaicos y débiles, agradan casi siempre por la ternura y nobleza del sentimiento. No era ingenio de alto vuelo el de *Alcippe*, ni había la mayor seguridad en su gusto. Hizo odas y epístolas horacianas á imitación de las de Filinto, siguiendo más la letra de Horacio que su espíritu. Muchas de ellas son transmutaciones de otras piezas del Venusino, aplicándolas á asuntos modernos. En otra parte quedan enumeradas. El estilo de la marquesa de Alorna, como el de casi todas las poetisas, adolece de vaguedad, desleimiento y falta de ner-

vio. Su excelente educación clásica no la preservó de estas faltas. Aun así, sus mejores poesías son las de carácter personal é íntimo, las no dictadas por modelos extraños, v. gr., las que compuso en su juventud en el convento de Chellas. Hay en el estro lírico de la mujer algo que no se aviene con la poesía académica y de escuela. Las hembras doctas, saturadas de latín y de griego, no han solido ser poetisas (con alguna excepción, la de Luísa Sigea, por ejemplo), ó lo han sido medianas: las poetisas no han sido en general mujeres doctas, ó se han olvidado de que lo eran al escribir. Santa Teresa quizá en humanos *saberes* hubiera pasado por ignorante, lo cual no fué obstáculo para que en profundidad de conceptos excediera á los más encumbrados filósofos, y en punto á escribir lo hiciera con las plumas de los ángeles.

Leonor de Almeida admiraba mucho á Filinto, y le dirigió una linda carta en verso suelto. Al insertarla Francisco Manuel en sus *obras*, la anunció como producción *d'uma fidalga em quem os dotes do ânimo superam a antiquissima e bem illustrada nobreza. A belleza e a altivez de seus versos a farão distinguir de quantas, e ainda de quantos correm a mesma vereda.* También Bocage ensalzó

«A cantora inmortal, deusa da lyra,
Que exprime em aureos sons, em metro augusto

O que he digno de Jove ou digno d'elle,
A cantora inmortal, de Lysia esmalte....»

Únase el mío, aunque con algunas restricciones, á este concierto de alabanzas. La marquesa de Alorna es una de las tres ó cuatro escritoras, relativamente de primer orden, que, en lo que va de siglo, ha dado la Península Ibérica. No está á la altura de Fernán-Caballero ni de la Avellaneda, pero vence á todas las restantes. Contribuyen á realzar la hermosa figura de *Alcíppe* su adhesión constante á las antiguas tradiciones, y aquella serie de infortunios sobrellevados con heroica firmeza y endulzados con los solaces de las letras. Retrátase su grande alma en el soneto con que encabezó la traducción de *Horacio*, impresa en Londres durante su destierro:

«Co'a mão affeita ao fuço, nãõ á espada,
A patria sirvo como sei ou posso;
Felix! se aóß mortos, o que faço agrada.»

Poco diré de otros horacianos de segundo orden. El general Stockler, matemático afamado, unió á este lauro el de elegante poeta, como Anastasio da Cunha, Lista, y algún otro rarísimo cultivador de la ciencia de Euclides. Stockler era sobrino de Correa Garção, y siguió en parte su escuela. Son horacianas la mayor parte de sus odas, correctas, pero no muy inspiradas. Entre todas se distingue, á pesar de lo prosaico del título, la que versa sobre *el amor considerado*

como principio y base del orden social. Ribeiro dos Sanctos elogió á Stockler en lindas estrofas:

« Ou tu pretendas nos olympios campos,
 Traspondo a meta na carreira ousada,
 Correr parelhas com o Eolio vate
 Em lyricas fadigas;
 Ou ja folgues co'a cythara suave,
 Qual o Teio cantor, brandos prazeres
 Da natura, e de amor louvar, e as graças
 Da candida Dione....
 Teu estro é mais sublime ¹, a voz mais doce,
 O sorriso de Venus é mais grato;
 Amor é mais pudico; são mais lindas,
 Mais meigas as tres Graças. »

También cultivó la oda horaciana el enciclopédico é irritable P. José Agustín de Macedo. Pocas veces se distinguió por el estro lírico. Sus mejores trozos están en los poemas didácticos, especialmente en la *Meditación*. Las odas no han sido coleccionadas, aunque pudiera formarse con ellas razonable volumen. Son algo *filintistas*, á pesar de las pretensiones de originalidad absoluta que tuvo siempre el P. Macedo. Nadie las lee ni cita hoy en Portugal, pero merecen algún recuerdo las dedicadas *Á Pompeyo*, *Á Belisario*, *Á la paz* y *Á las ventajas de la pobreza*, todas por trozos y versos aislados, ninguna por el conjunto. Desdóralas, entre otros capitales defectos, insufrible pedantería en frases y alusiones. Una

¹ Que el de los *poetas argólicos*, á quienes viene refiriéndose.

sola vez estuvo inspirado José Agustín: en el *Epicedio de Bocage* ¹.

Entre los discípulos de Francisco Manuel, merecen ser citados Bento L. Vianna, de quien he leído cuatro odas, todas de escaso numen; J. B. de Andrada, de quien conozco otras dos, *Á la poesía* y *Á la amistad*, bastante mejores, si bien no de primero ni aun de segundo orden; y el traductor de Tácito, J. T. Canuto de Forjó, elogiado por Ribeiro dos Sanctos, aunque, á juzgar por la única composición suya que he visto, prosaico é indigesto. Hago mención de estos tres, porque sus poesías se insertaron, con harta indulgencia, en el *Parnaso Lusitano*, bien contra la voluntad de Almeida Garrett. En la misma colección pueden verse dos odas medianas *Á la noche* y *Á la virtud*, del brasileño Borges de Barros, á quien encomia Ferdinand Denis, y una muy retumbante y *bocagiana*, de Evangelista Moraes Sarmiento, quien, según Garrett, *merecía el favor del público* (no con mucha razón, á juzgar por la muestra). Entre los autores de epístolas, además de los citados, entran Belchior Manuel de Curvo Senmedo y Pascual José de Mello.

¹ No dejaré de advertir de pasada que no eran el talento ni la erudición de Macedo tan grandes como supone el Sr. Romero Ortiz en su erudito libro de *Literatura portuguesa*. Una de las obras más celebradas del ex-fraille, el *Mottim literario*, es un insolentísimo plagio de la *República literaria* de Saavedra Fajardo y de otras obras corrientes y comunes.

Pudiéramos prolongar indefinidamente este catálogo, pero sin utilidad alguna. Hubo época en que todo estudiante de Coimbra, todo aprendiz de poeta, comenzaba haciendo odas en verso suelto, generalmente malas, á imitación de las de *Filinto*. Las librerías portuguesas están llenas de volúmenes de versos olvidados, que pueden considerarse *horacianos* de cuarta, quinta ó sexta mano. Fué aquel un delirio *filintista*, contrabalanceado sólo por el delirio *elmanista* ó de los discípulos de Bocage. Resultó de aquí una monotonía insufrible, una verdadera plaga, que duró hasta la aparición del *romanticismo*. Nada adelantáramos con exhumar los nombres de las tristes medianías del período anterior al florecimiento de Almeida Garrett. Sólo Manuel Mathias Vieira y Nuño Alvarez Pereira Pato Moniz merecen recuerdo. El segundo era más *bocagiano* que *filintista*. ¡Lástima que la mayor parte de sus versos sean de circunstancias políticas! Tenía erudición é ingenio.

Apareció al cabo Garrett para trocar el aspecto de la poesía lusitana. *Doña Branca*, *Camoës* y *Adozinda* primero, *Un auto de Gil Vicente*, *Fr. Luiz da Sousa* y el *Alfageme de Santarem* después, fueron las obras maestras de la nueva escuela. El teatro y la leyenda nacieron entonces, puede decirse, en Portugal: recobró su literatura el carácter nacional que tenía perdido, y co-

rrespondió dignamente al movimiento que en Castilla proseguían con ardor creciente y desusada gloria el duque de Rivas y sus discípulos.

Almeida Garrett había empezado por ser *filintista* acérrimo y entusiasta. Quiso hacer pasar su *Doña Branca* por obra inédita del maestro, pero á nadie engañó el fraude, porque nunca había escrito ni versificado Filinto de aquella manera, ni cavaba tan hondo en el espíritu de la poesía moderna. Las primeras composiciones líricas de Garrett, coleccionadas en la *Lyrice de João Minimo* y en *Flores sem fructo* (que contiene ya otras de época y gusto posterior) están calcadas, aunque con libertad y brío, en las obras de Francisco Manuel (por Lamartine apellidado *el divino*). Son más nutridos y pintorescos los versos de Garrett, pero se alejan de la severidad clásica, sin entrar tampoco en el molde romántico. El poeta se encuentra atado por las trabas que voluntariamente se impone, y llega sólo á mediana altura. Su verdadero lirismo está en *Folhas caídas*, versos de carácter indiscretamente *autobiográfico*, según es pública voz y fama.

Aun después del advenimiento de la escuela de Garrett, vieron la luz pública algunos tomos de poesías *filintistas* y *bocagianas*. Entre estos poetas rezagados, recuerdo al coronel Francisco Evaristo Leoni, erótico con exceso en sus odas, y al distinguido bibliógrafo José María da Costa

e Silva, autor de una muy voluminosa colección lírica, en que abundan las composiciones horacianas, sin que pase ninguna de la medianía.

Los nuevos rumbos señalados á la poesía portuguesa por Almeida Garrett, Herculano, Soares de Passos, Gonsalves Dias, y por el mismo Castilho, en algunas cosas revolucionario aunque anti-romántico y adorador de la antigüedad, han extinguido casi las tradiciones de la antigua lírica. El traductor de *Los Fastos* era ingenio de temple *ovidiano*, tenía la facilidad y gracia descriptiva de Nasón, no la rapidez de Horacio. Pero, á decir verdad, la que más me agrada de todas las producciones de Castilho es *La Sacra de Nazareth*, leyenda religiosa y de carácter nacional.

Tal ha sido el desarrollo de la poesía horaciana en España.



ULTÍLOGO ¹.

ANSADO llego al término de esta tarea, árida y enfadosa para autor y lectores, como todas las que se refieren á una sola cuestión mirada por un solo aspecto. Y aun fuera este daño tolerable; pero ya estoy viendo á

¹ Largo tiempo he vacilado antes de reproducir este trozo que, por lo extravagante de su título, por el tono de declamación, por el exclusivismo de que adolece, por las cuestiones ya olvidadas á que alude, y, finalmente, por el modo absoluto é intolerante con que en él se sientan las proposiciones, bien claro revela los pocos años de vida literaria que entonces llevaba su autor. Pero considerando, por otra parte, que de lo ya publicado no es dueño sino á medias quien lo escribió, puesto que está en su mano corregirlo, pero nunca borrarlo, no me he creído autorizado para suprimir este *epílogo* ó *ultílogo*, con que salió al público la primera edición. En el fondo las ideas que en él se apuntan, salvo alguna dureza ó extremosidad de expresión, son las mismas que hoy profeso, y forman parte integrante de mi fe literaria. Puedo renegar del modo con que las expuse, pero no de las ideas en sí. Lo que haya de violento ó de exagerado en la frase, fácilmente se corrige teniendo á la vista otros estudios míos posteriores y algo más maduros. Pero el mejor comentario y al mismo tiempo la mejor aclaración de